

# MARTIN DE AZPILCUETA Y EL DOMINIO DE LOS BIENES ECLESIASTICOS

por

R. S. DE LAMADRID, S. I.

Determinar el sujeto en que radica el dominio de los bienes eclesiásticos, ha sido uno de los problemas que mayores discusiones suscitaron en el campo jurídico-canónico. Buena prueba de ello es la variedad de sentencias y opiniones con que los autores, así antiguos como modernos, se esforzaron por hallarle la solución adecuada.

Entre los canonistas españoles de la época postridentina, el Dr. Navarro es uno de los que, sin duda alguna, prestó mayor interés a un tema de tanto valor especulativo como práctico. Merece, pues, que la doctrina del célebre catedrático de Prima de Salamanca sea estudiada con la detención que corresponde a la figura de Azpilcueta y a la influencia que ejerció en la evolución del derecho canónico postridentino.

Navarro tiene una concepción particular, clara y determinada sobre el dominio de los bienes eclesiásticos. Para él no hay más que una solución al problema planteado: el único dueño y señor de todos los bienes de la Iglesia es Jesucristo. Sus palabras son netas y terminantes: "*Omnium bonorum ecclesiasticorum verus et absolutus dominus est Iesus Christus D. N., non solum ea ratione generali, qua Domini est terra et plenitudo eius, psalm. 23<sup>1</sup>, et cap. quo iure, 8. Dist. 2<sup>2</sup>; sed etiam ex speciali dispositione.*

---

1. Ps. 23, 1.

2. C. 1, D. VIII.

*censuraque humana, sicut quilibet alius homo est rei suae dominus*"<sup>3</sup>.

No es, pues, solamente un dominio divino el que atribuye a Jesucristo, es además un dominio humano, fundado en el concepto jurídico del dominio admitido por el derecho común a todas las gentes civilizadas. Así lo entendieron los antiguos concilios, según afirma Navarro, cuyos cánones, incorporados al cuerpo del Derecho canónico, son el principal fundamento de la doctrina sustentada por Martín de Azpilcueta: "*Primo quidem, quia omnia bona ecclesiastica, tam nova quam antiqua, sunt et appellantur patrimonium Iesu Christi, cap. cum secundum, de praeb.*<sup>4</sup>, *cap. cum ex eo, de elect.*, lib. 6<sup>5</sup>, *ad quem solum eorum dominium pertinet, Innocent. in cap. cum super*<sup>6</sup>, *de caus. posses*"<sup>7</sup>.

A estos cánones añade más adelante los siguientes: "*Secundo, quod Summi Pontifices, quorum auctoritas est irrefragabilis, cap. si Romanorum, 19 dist.*<sup>8</sup>, *cap. haec fides, 24. q. 1*<sup>9</sup>, *asserunt illa esse patrimonium Christi, in cap. cum secundum, de praeb.*<sup>10</sup> *et in cap. cum ex eo, de elect.*, lib. 6<sup>11</sup>, *esseque pecunias Christi, cap. 1, 12. q. 2*"<sup>12</sup>.

En estos testimonios, y con estos derechos, fundamenta Navarro su singular doctrina. Es éste uno de esos ejemplos típicos en que los Canonistas, aferrados a la letra y al sentido material de los cánones y documentos eclesiásticos, llegan a conclusiones radicalmente opuestas a las de los Teólogos, quienes no se dejan impresionar tan fácilmente por las autoridades recibidas como principios indiscutibles en el derecho.

Por esta razón la doctrina de Navarro, no obstante el prestigio de su nombre, no halló eco en los grandes teólogos postridentinos, quienes, como veremos más abajo, abandonaron al doctísimo Azpilcueta para abrazar la sentencia contraria aceptada en nuestros días por el Código de derecho canónico<sup>13</sup>.

Mas sigamos al Dr. Navarro en el desarrollo de su sistema.

3. *De spoliis clericorum*, § 2, n. 2.

4. C. 16, X, *de praebendis et dignitatibus*, III, 5.

5. C. 34, *de electione et electi potestate*, I, 6, in VI.º

6. C. 4, X, *de causa possessionis et proprietatis*, II, 12.

7. *De redditibus beneficiorum ecclesiasticorum*, q. 1, mon. 25, n. 1.

8. C. 1, D. XIX.

9. C. 14, C. XXIV, q. 5.

10. C. 16, X, *de praebendis et dignitatibus*, III, 5.

11. C. 34, *de electione et electi potestate*, I, 6, in VI.º

12. *De redditibus*, q. 1, mon. 40, n. 3.

13. CIC, cc. 1495 § 2; 1499 § 2.

Perteneciendo a Jesucristo todo dominio y propiedad sobre los bienes de la Iglesia, ningún puro hombre, ninguna persona moral, ni aun las reconocidas por la autoridad eclesiástica, de la que reciben la existencia de su personalidad jurídica; más todavía, ni siquiera la misma Iglesia universal, puede arrogarse el derecho de propiedad sobre unos bienes que solamente han sido entregados a su custodia.

Por eso los bienes eclesiásticos se han denominado "bona nullius"; porque son patrimonio exclusivo de Dios y Jesucristo, a quienes los consagraron y donaron los fieles, y sobre los que ningún hombre puede ejercer el pleno dominio: "*Probatur item, eo quod ratio cur bona sacra dicuntur esse nullius, est quia solius Dei sunt, d. § nullius iusti, de rerum divis.*"<sup>14</sup>; "*non quidem nullius, ut occupantis fiant, iuxta l. 3, in princ., D. de acquir. rerum domi.*"<sup>15</sup>, "*sed ita ut nullius hominis puri, vel hominum sint, sed Dei tantum, et D. N. Iesu Christi, non quidem eo solo nomine, quo omnia sunt eius, iuxta illud: Domini est terra et plenitudo eius, psalm. 23*"<sup>16</sup>, "*et cap. quo iure, 8. Dist.*"<sup>17</sup>; "*sed etiam eo quod nemo alius est dominus eorum, et speciali hominis vel hominum censura, sive dispositione, sunt ei dicata, donata, vel alias quaesita, ut glosae receptae dixerunt, in D. § nullius*"<sup>18</sup>, "*et in D. l. 3*"<sup>20</sup>.

De lo dicho infiere Navarro que se necesita causa justa para que la enajenación de los bienes eclesiásticos pueda válidamente efectuarse, pues, de lo contrario, semejante enajenación sería contra la mente de Jesucristo y consiguientemente sin su consentimiento. He aquí las palabras mismas del Dr. Navarro: "*Quarto, quod ratio quare nulli praelati, etiam Papa, possunt sine causa iusta stabilia alienare, est, quia solus Christus, et nemo alius, est verus dominus; et eorum nemini facta est a Christo facultas aliter alienandi ea, iuxta cap. nulli, de reb. eccles. non alienan.*"<sup>21</sup>, "*et cap. non liceat Papae, 12, q. 2*"<sup>22</sup>, "*ubi latius diximus*"<sup>23</sup>.

Por el contrario, interviniente dicha justa causa, el verdade-

14. Inst. 2, 1, 7.

15. D. 41, 1, 3.

16. Ps. 23, 1.

17. C. 1, D. VIII.

18. Inst. 2, 17.

19. D. 41, 3.

20. *De redditibus*, q. 1, mon. 40, n. 4.

21. C. 5, X, *de rebus ecclesiae alienandis vel non*, III, 13.

22. C. 20, C. XII, q. 2.

23. *De redditibus*, q. 1, mon. 40, n. 6.

ro dueño de esos bienes, Cristo, no puede ser “rationabiliter invitus”, y debemos suponer que consiente en la enajenación que de los bienes de su propiedad hagan los beneficiados, los prelados y, sobre todo, el Papa y la Iglesia universal: “*Quinto, quod ratio propter quam, cum iusta causa, id facere possunt, per eadem iura est, quia sunt procuratores et administratores constituti ab eo ad administrandum ea secundum mentem et intentionem eius, immediate, vel mediate. Immediate quidem, ut Papa et Ecclesia universalis; mediate, ut alii praelati et beneficiarii, ministerio Papae vel Ecclesiae universae constituti immediate. Quia, causa iusta interveniente, videtur ipse Dominus Jesus consentire, et res agi iuxta mentem eiusdem; sicut procurator Caesaris, sine ipsius consensu et mente, res eius alienare non potest, et cum eo potest*”<sup>24</sup>.

Es interesante la insistencia con que Navarro niega a las iglesias, no solo a las particulares, sino a la misma Iglesia universal el dominio sobre unos bienes a los que toda la literatura canónica denomina con el apelativo de eclesiásticos; y esto aun después que Cayetano, a quien seguirán más tarde las primeras figuras de la teología postridentina, se había declarado por la propiedad y dominio visible de dichas personas jurídicas. “*Nec Papa, nec aliquis praelatus—dice el referido Cardenal—est dominus rerum Ecclesiae, sed Ecclesia ipsa est domina, quia donatores non donant et transferunt iura sua in Papam aut praelatum, sed in Ecclesiam Romanam vel talem*”<sup>25</sup>.

Navarro, coincidiendo con Cayetano en negar el dominio al Papa y a los obispos, difiere no obstante en asignar la causa de esa negación. Por eso, fiel al fundamento de su sistema, el exclusivo dominio de Jesucristo, trata de violentar el genuino pensamiento del insigne comentarista de la Suma, a pesar de hallarse tan abiertamente expresado en el testimonio anteriormente transcrito. Escuchemos de nuevo el razonamiento de Azpilcueta: “*Sexto, quod id concludit declaratio vera illius dicti Caietani 2.2, q. 3, art. 8, videlicet, idem esse dicere bona ecclesiastica esse Dei, Christi vel Ecclesiae; declarandum enim est verum esse quoad ad administrationem, non autem quoad dominium: nam verum dominium eorum est apud solum Christum, sive Deum, non autem apud*

24. *De redditibus*, q. I, mon. 40, n. 7.

25. *Id* 2.2, q. 47, art. 1.

*alios praelatos et beneficiarios, etiam Papam, ut ipse Caietanus ibidem affirmat, et paulo post dicitur*" 26.

Es que, para Martín de Azpilcueta, la cuestión está decidida en los textos que ha encontrado en el Cuerpo del Derecho Canónico: no hay dominio posible en materia eclesiástica más que el de Jesucristo. Si algún otro pudiera asignarse sería el de su Vicario en la tierra; mas como éste queda excluído, no puede hablarse de ningún otro señor y dueño humano: "*Si ergo Papa non est dominus, a fortiori nullus alius a Christo erit: ergo solus ipse Christus est dominus verus eorum*" 27.

Para confirmar su aserto, recurre a la naturaleza misma del dominio, que entre los hombres se adquiere por donación válida. Ni a la Iglesia, ni a los eclesiásticos, han entregado los fieles sus bienes y sus oblaciones; únicamente las ofrecieron, donaron y entregaron a Jesucristo. Por su causa, y en su nombre, los pusieron en manos de los ministros de Dios, para que como vicarios y procuradores suyos en la tierra los administrasen y dispensasen conforme a la voluntad y beneplácito divinos.

Veamos ya el razonamiento del canonista navarro: "*Undecimo, irrefragabiliter probatur ea ratione, quod donata et relicta legitime ab eorum dominis, fiunt eorum, quibus dantur, aut relinquuntur, l. traditionibus, C. de pact.* 28 § *per traditionem, Inst. de rerum divis.* 29. *At bona omnia ecclesiastica sunt legitime ab his, quorum erant, donata, oblata, vel relicta Deo vel Christo, vel eius intuitu et nomine, ecclesiis, vel ministris eius, tanquam eius vicariis, procuratoribus, vel dispensatoribus mediatis, vel immediatis, quod idem est argumentum l. si procurator D. de acquir. rerum dom:* 30 *ergo facta sunt eius, imo, cum privilegio per quod ante quaesitam possessionem, etiam quoad dominium quaeruntur, l. fin C. de sacros. eccles.* 31 *Ergo sunt eius, et quidem iure divino et naturali, praesupposito rerum dominio iure gentium introducto, cap. ius gentium* 32, *I Dist.*" 33.

Tan convencido está de la fuerza probativa de sus argumentos, que al estudiar el decreto de Trento, contenido en el cap. I de

26. *De redditibus*, q. I, mon. 40, n. 6.

27. *De redditibus*, q. I, mon. 40, n. 10.

28. C. 2, 3, 20.

29. Inst. 2, I, 40.

30. D. 41, I, 13.

31. C. I, 2, 27.

32. C. 9, D. I.

33. *De redditibus*, q. I, mon. 40, n. 13.

la sesión 25, de reformatione, no duda en afirmar que su doctrina debe llamarse "catholica conclusio", expresamente contenida y expuesta por los Padres del Concilio: "*Vigesimo tertio moneo, demiratum me fuisse... quod Concilium Tridentinum definiens, sess. 25, cap. 1 de reform., bona Ecclesiae esse bona Dei, solum definiat esse ipsius tanquam generalis domini omnium aliorum, iuxta illud psalmi: Domini est terra etc., relat. in cap. quo iure, 8, Dist. 34, cumulative, et non ita private, quod ipse solus sit verus et particularis dominus, et non alius: cum ratio, mens et verba ipsius Concilii, et fundamenta irrefragabilia, quibus ad id moveri potuit, posita in dicto monito 20, sint ei contraria*" 35.

Por eso espera que una declaración auténtica de la comisión cardenalicia no se haga esperar, para hacer enmudecer a los adversarios más renitentes: "*Quae est catholica conclusio, quam in illos Concilio determinari per sacram Illustrissimorum Reverendissimorumque Cardinalium illi interpretando deputatorum congregationem definitum iri arbitramur*" 36.

Cabe, sin embargo, preguntar ¿tan clara era la doctrina de Trento? Veamos las palabras mismas del Concilio: "*Omnino vero eis interdicitur, ne ex redditibus Ecclesiae consanguineos familiaresque suos augere studeant: cum et Apostolorum canones prohibeant ne res ecclesiasticas, quae Dei sunt, consanguineis donent, sed si pauperes sint, his ut pauperibus distribuant*" 37.

Navarro piensa que, al llamar el Concilio a los bienes eclesiásticos bienes de Dios, ha definido ya la controversia y así no es lícito defender la opinión contraria: "*Duodecimo tandem, quod Concilium Tridentinum, in loco praecitato, per verba illa proxime relata, quae sunt Dei, definit omnes Ecclesiae res esse Dei, et ita iam non licere contrarium tenere neque opinari*" 38.

Cuan lejos estén, no obstante, las palabras del Concilio de una definición dogmática, se deduce de la naturaleza misma del decreto, que es de carácter puramente disciplinar. El Concilio, al tratar de la reforma del clero, prohíbe a estos el destinar los réditos eclesiásticos a otros fines diversos de los que por la naturaleza de los mismos deben ser empleados. Esta es la finalidad del decreto: si apela a la autoridad de los antiguos cánones, lo hace

34. C. 1, D. VIII.

35. *De redditibus*, q. 3, mon. 23, n. 1.

36. *De redditibus*, q. 3, mon. 23, n. 1.

37. Sess. XXV, cap. 1 de refot.

38. *De redditibus*, q. 1, mon. 40, n. 14.

de una manera incidental y según la antigua costumbre de todos los concilios. Sabemos además, por la historia del de Trento, que los Padres tridentinos fueron muy cautos en decidir las cuestiones discutidas por los autores católicos, ya que su principal intento era condenar los errores protestánticos.

Es, pues, demasiado ingenuo pensar, como lo hace Navarro, que en esa frase incidental, "quae sunt Dei", se encuentra una definición dogmática sobre el dominio de los bienes eclesiásticos, en un sentido tan concreto y determinado como el que, en su particular opinión, le atribuye el canonista español: "*Septimo facit, quod in dicto tract. de reedit. q. 1, mon. 40, et in Apolog: praefata, q. 1, mon. 24, conclusum fuit efficaciter, esse certum, imo et de fide, dominium bonorum ecclesiasticorum esse D. N. Iesu Christi, non solum ea ratione generali, qua Domini est terra et plenitudo eius, sed etiam speciali censura et dispositione hominis, vel hominum, ut supra eodem cap. est repetitum*"<sup>39</sup>.

\* \* \*

Asentado el fundamento de su sistema, pasa el Dr. Navarro a deducir las consecuencias que de dicho principio básico se derivan.

En primer lugar, y por lo que al Romano Pontífice se refiere, no es el Papa verdadero y absoluto señor de los bienes de la Iglesia, ya que el único dueño del patrimonio eclesiástico es el mismo Jesucristo: "*Confirmatur hoc, eo quod omnium bonorum ecclesiasticorum verus et absolutus dominus est Iesus Christus D. N., non solum ea ratione generali, qua Domini est terra et plenitudo eius, psalm. 23*<sup>40</sup>, *et cap. quo iure, 8. Dist.*<sup>41</sup>, *sed etiam ex speciali dispositione censuraque humana, sicut quilibet alius homo est rei suae dominus*"<sup>42</sup>.

Esta es la razón por la cual el Papa no puede enajenar, ni donar, ni usar libremente de los bienes eclesiásticos, al modo que los seglares disponen de los suyos, y aun el mismo Romano Pontífice de los que constituyen su propio patrimonio: "*Secundo noto ex hoc cap.*<sup>43</sup> *adiunctis praedictis, Papam, qui Pontifex summus est, non esse verum et absolutum dominum bonorum*

39. *De spoliis*, § 9, n. 4.

40. Ps. 23, 1.

41. C. 1, D. VIII.

42. *De spoliis*, § 2, n. 2.

43. C. 20, C. XII, q. 2.

*ecclesiasticorum, sicut laici communiter sunt suorum, et sicut ipsemet est suorum patrimonialium, si alioqui non est religiosus: quia qui verus et absolutus est dominus alicuius rei, potest eam alienare et donare, et ea uti pro libito, l. sed etsi § consulit D. de petit. hæred.* <sup>44</sup>, *l. in re mandata C., de mandat.* <sup>45</sup>. *At Papa non potest id facere de bonis ecclesiasticis, per hunc canonem, ergo etc.*" <sup>46</sup>.

Se requiere, pues, causa razonable por parte del Romano Pontífice para que la enajenación de los bienes de la Iglesia pueda efectuarse justamente. Es esta una obligación de justicia fundada en el derecho divino o natural, al que el Papa no puede sustraerse: "*Tertio noto, ex eodem canone, adiunctis praedictis, prohiberi Papae alienationem bonorum Ecclesiae sine iusta causa, iure divino vel naturali, quod est immutabile, 5 Dist. in principio, § sed naturalia, Inst. de iure nat. gent. et civil.*" <sup>47</sup>, *nam cum Papa sit summus monarcha et princeps, cap. cuncta per modum q. q. 3* <sup>48</sup>, *et consequenter nulla lege humana ligetur, l. princeps D. de legib., et cap. proposuit, de conces. praeb.* <sup>49</sup>, *saltem quoad vim coactivam, ut declarat S. Thomas receptus in 1.2, q. 96, art. 5, et cum ligetur hac lege de non alienanda Ecclesiae re sine iusta causa, ut hic canon probat, consequitur praedictam legem esse naturalem, vel divinam, quod etiam sentit Archidiaconus in praesenti cum communi, praesertim Bellamera, qui hoc expressit num. 12, 13 et 14*" <sup>50</sup>.

Pasa luego Navarro a determinar, más en concreto, la naturaleza de esta obligación, y concluye que está comprendida en el séptimo precepto del Decálogo que prohíbe no solamente la apropiación de los bienes ajenos, sino también la donación y el uso de los mismos contra la voluntad de su legítimo dueño: "*Quae tamen sit illa lex divina... longe aptius dici potest esse praeceptum septimum Decalogi de non furando: omnia enim praecepta Decalogi sunt iura naturalia, ut asserit S. Thomas receptus 1.2, q. 94, et q. 99 art. 2, et 2.2, q. 122, art. 1, et ipsemet cum aliis omnibus in 3 sent. dist. 37, q. 1, art. 4; praeceptum autem de non*

44. D. 5, 3, 25, 11.

45. C. 4, 35, 21.

46. *De spoliis*, § 2, n. 2.

47. *Inst.* 1, 2, 11.

48. C. 18, C. IX, q. 3.

49. C. 4, X, *de concessione praebendae*, III, 8.

50. *De spoliis*, § 2, n. 3.



*furando est praeceptum Decalogi, ut patet Exod. 20* <sup>51</sup>, *et gloss. in cap. quid in omnibus, 32, q. 7* <sup>52</sup>, *quod non solum prohibet ne quis rem alienam sibi appropriet, sed etiam ne quis rem alienam alteri tradat, vel ea utatur contra voluntatem domini, § furtum et § placuit, Inst.* <sup>53</sup> *de oblig. quae ex delict. nascuntur*" <sup>54</sup>.

Y, como el legítimo dueño de los bienes de la Iglesia es Cristo, Navarro, insistiendo siempre en su fundamento, considera como verdadero hurto toda disposición arbitraria de dichos bienes, que por el mismo hecho es contra la mente y voluntad de Jesucristo: "*Cum ergo, ut supra dictum est, bona Ecclesiae sint bona Christi, qui tollit ea Christo et tradit alteri contra eius mentem et voluntatem, hoc praeceptum transgreditur: contra mentem et voluntatem Christi est ut bona eius tollantur ei, et tradantur alteri sine iusta causa*" <sup>55</sup>.

No puede, pues, el Papa enajenar los bienes de la Iglesia universal, sin traspasar el sétimo mandamiento. Esa misma prohibición le impide la enajenación de los bienes de las iglesias particulares. Notemos, sin embargo, que Azpilcueta no admite el dominio de éstas; y por eso no recurre en su argumentación sino al uso, usufructo y administración de los bienes encomendados a las iglesias inferiores.

Veamos cómo construye su argumentación: "*Deinde facit, quod non solum contra legem naturalem et divinam Decalogi, scilicet praeceptum septimum de non furando, et decimum de non concupiscendo rem alienam est auferre alicui dominium eo invito, sed etiam auferre usumfructum, usum vel administrationem quam habet in ea, l. 1, D. de furt.* <sup>56</sup>, *et constat ecclesiam particularem, cui est applicata iuste res aliqua per Papam, vel alium praelatum in dotem, vel in dotis augmentum ad sui sustentationem necessariam vel decoram, habere usumfructum, usum vel administrationem eius in suam utilitatem; licet verum dominium, quod penes Christum est, non habeat; ergo auferre illud ei et conferre alteri etiam ecclesiae, sine iusta causa, est contra praefatam legem naturalem et divinam Decalogi*" <sup>57</sup>.

51. Ex. 20, 15.

52. C. 16, C. XXXII, q. 7.

53. Inst. 4, 1, 1 y 7.

54. *De spoliis*, § 2, n. 3.

55. *De spoliis*, § 2, n. 4.

56. D. 47, 2, 1.

57. *De spoliis*, § 3, n. 1.

El fundamento de Navarro siempre es el mismo: el dominio exclusivo de Jesucristo. Este dominio, no obstante, le lleva lógicamente a una conclusión original: hay, dice, una gran diferencia entre las enajenaciones pontificias, sin causa justificante, según se verifiquen con destino a usos píos o a usos laicos; en el primer caso la enajenación es injusta, pero válida, mientras que en el segundo es no solamente injusta sino también inválida: “*Considero autem circa haec, quiddam a nemine, quod sciam, hactenus ire exertum, nempe, quod magna est differentia inter alienationem Papae, qua sine iusta causa rem unius ecclesiae stabilem alienat in laicos vel profanos usus; illa enim videtur valida, licet non sit iusta; haec autem neque valida neque iusta: quia haec videtur facta contra legem divinam et naturalem, illa vero contra legem tantum humanam*”<sup>58</sup>.

No es fácil compaginar esta última afirmación con la que se contiene en las palabras anteriormente transcritas. Por una parte había dicho que el quitar arbitrariamente a una Iglesia sus bienes para entregarlos a otra, es contra la ley natural y divina del Decálogo; mientras que ahora afirma que el enajenar los bienes eclesiásticos en usos piadosos, sin justa causa, es solamente contra la ley humana.

Aunque no tratemos de justificar la contradicción, a nuestro juicio evidente, en que incurre el insigne canonista navarro, creemos que en el error inicial de su sistema se encuentra el fundamento para distinguir ambas especies de enajenaciones. Siendo el único señor de los bienes eclesiásticos Jesucristo, en la enajenación de esos bienes, con destino a usos piadosos, no se transfiere el dominio, que queda en poder del mismo Cristo; mas en la otra enajenación, en usos laicos, hay una verdadera transferencia de dominio, el cual pasa a un nuevo dueño distinto de Jesucristo.

He aquí cómo lo explica el mismo Azpilcueta: “*Contra legem enim naturalem et divinam est, quod res auferatur a domino contra voluntatem eius, l. 1, D. de furt. 59, id quod nostrum est. D. de reg. iur. 60 et late tradunt omnes post Panormitanum, in cap. quae in ecclesiarum, de const. 61, et quia Papa alienat rem*

58. *De spoliis*, §, n. 6.

59. D. 47, 2, 1.

60. D. 50, 17, 11.

61. C. 7, X, *de constitutionibus*, I, 2.

*ecclesiasticam sine iusta causa in laicos et profanos usus, aufert rem alteri, videlicet, Christo, sine consensu eius, et dat eam alteri, per ea multa quae adduximus in dicto tract. de rehit. eccles. q. 1, mon. 40 et 48, et in Apol. q. 1, mon. 24, 27, 38 et 39, per quae probavimus efficaciter verum dominium rerum ecclesiasticarum esse penes Christum, et translationem et applicationem earum in laicos et usus profanos, sine iusta causa, esse contra eius voluntatem. Illa vero alienatio, qua res unius ecclesiae alienatur in aliam, vel in alios pios usus, est tantum contra legem et dispositionem humanam: nam per eam non aufertur res Christo, eius vero domino, sed solum efficitur ut manente utrobique dominio penes ipsum, inserviat ei alio in loco, vel in alios usus, quam ante serviebat: quum data alteri ecclesiae, vel aliis piis locis, perinde manet in dominio Christi, sicut antea, quum ipse sit adeo verus dominus bonorum ecclesiae in quam transfertur, et, dispositione humana tantum, sui summi Vicarii, vel habentis ab illo potestatem sui summi Vicarii et procuratoris, vel habentis ab illo potestatem, servit potius uni ecclesiae quam alii”<sup>62</sup>.*

Según esta doctrina, las enajenaciones de los bienes eclesiásticos hechas por el Papa pueden reducirse a tres especies: unas son justas y válidas; otras, válidas, pero injustas; otras, finalmente, injustas e inválidas. Las primeras son las que se ejecutan con causa justa y razonable; las segundas, sin causa justa pero con destino a usos profanos: “*Ex quo infertur primo, quod aliqua alienatio rei Ecclesiae per Papam facta, est iusta et valida, aliqua valida, sed non iusta, aliqua vero nec iusta nec valida. Iusta et valida est, quae fit iusta de causa; valida sed non iusta est, qua sine iusta causa res unius ecclesiae in aliam, vel alios pios usus transfertur. Illa vero neque iusta neque valida est, qua Papa, sine iusta causa, rem ecclesiae stabilem in laicos et profanos usus alienat*”<sup>63</sup>.

Si queremos resumir toda la doctrina de Azpilcueta sobre el dominio de los bienes eclesiásticos y el poder que sobre esos mismos bienes debe concederse al Papa, transcribamos las mismas conclusiones del canonista navarro en que se compendia toda esta materia: “*Prima est, quod verum dominium omnium bonorum ecclesiasticorum est penes solum Christum D. N. et non penes ullos ecclesiastico, etiam Pontifices Maximos, ut mons-*

62. *De spoliis*, § 3, n. 6.

63. *De spoliis*, § 3, n. 8.

*tratur et declaratur ubi supra. Secunda, quod sola et tota eorum administratio est penes Papam immediate a Christo ei tradita. Tertia, quod penes solum Papam est administratio illorum fructuum et bonorum quorum administrandorum titulus canonicus nulli alii mediate nec immediate est ab eo concessus. Quarta, quod absolutior potestas administrandi remanet penes eum, quoad ea quorum administrandorum titulus canonicus nulli alii est tributus, quam aliorum in quibus etiam alius habet canonicum titulum, arg. c. nisi cum pridem, § intueri, de remun. <sup>64</sup> et eorum quae per illud asseruit Cardinalis in consi. 141, et nos supra eo notab. 7 § 3 adduximus. Quinta, quod remanet penes eum, quoad ea quorum administrandorum titulum etiam alii habent, sed longe strictiorem quam in aliis: quia licet iusta de causa possit alienare et auctoritatem id faciendi praestare, et ob delictum et aliam iustam causam illa tollere ab eis, qui ea canonicè acceperunt, non tamen potest iuste disponere de fructibus et redditibus illorum, etiam in usus pios, nisi ex aliqua grandi causa, sine consensu beneficiariorum, per ea quae supra, eodem cap. notab. 7 § 3 adduximus” <sup>65</sup>.*

De esta manera el Dr. Navarro trata de conciliar los derechos naturales y divinos de la Santa Sede con los humanos y positivos; persuadido como estaba de que la ignorancia de aquéllos, y la exagerada exaltación de éstos, hace atribuir al Papa poderes que, lejos de engrandecerle, no hacen sino desfigurar la naturaleza divina del Primado.

Permítasenos transcribir sus propias palabras, y sea ésta la postrera cita que hacemos de nuestro españolísimo Martín de Azpilcueta: “*Quod forte, vel alia similia fuerunt in causa, quod fel. recor. Pius V mihi semel dixerit, Iurisconsultos solitos esse plus satis potestatis tribuere Papae, cui humiliter respondi, non omnes id facere; imo aliquos nimium detrahere; sed media eademque recta via iura naturalia et divina cum humanis conciliando esse incedendum, quod omnibus iuris utriusque possessoribus persuasum iri quam maxime cupio, ne dum sola humana cum deductis a Neotericis divina ignorantibus magnificent, multa contra naturalia et divina respondeant*” <sup>66</sup>.

\* \* \*

64. C. 10, X, de renuntiatione, I, 9.

65. De spoliis, § 11, n. 8.

66. De spoliis, § 3, n. 5

¿Qué pensar de la doctrina del Dr. Navarro? Conviene, ante todo, que advirtamos que determinar la persona en quien radica el dominio de los bienes eclesiásticos es lo mismo que asignar el sujeto de inhesión de dichos bienes, no la persona física o moral en cuya utilidad han de ceder los bienes de la Iglesia. Los fieles entregaron a la Iglesia, por propia voluntad o por legítima exigencia de la autoridad eclesiástica, sus oblaciones y diezmos, bienes todos que formaron con el decurso de los tiempos el patrimonio de la Iglesia.

Estas donaciones y estos tributos de los fieles, entregados a la Iglesia por motivos sobrenaturales, con la vista puesta en Dios y en su divino beneplácito, tenían como finalidad el que en ella se pudiesen administrar los sacramentos, predicar la palabra divina, regir y gobernar a los miembros de la comunidad cristiana, sustentar convenientemente a los ministros del altar y estimularlos al cumplimiento de su sagrado ministerio. Más aun, atendidos estos fines inmediatos, lo que superabundase de dichos bienes, debía ser dispensado en el sustento de los pobres y otras parecidas obras de caridad a gloria de Dios y en provecho de su Iglesia <sup>67</sup>.

Finès son estos que nos indican el destino de los bienes eclesiásticos; pero que nada nos dicen de la cuestión jurídica que nos ocupa, es decir, el sujeto en quien reside el dominio y la propiedad de esos bienes patrimoniales.

Por otra parte, no podemos prescindir al tratar de esta cuestión de la naturaleza jurídica de la Iglesia, que en la mente de Jesucristo, su divino Fundador, es una sociedad perfecta y visible, compuesta de hombres y con derecho al empleo de todos los medios, no solo sobrenaturales sino también materiales y humanos, necesarios para la realización del fin último de la santificación de las almas.

En esa Iglesia visible, en esa sociedad perfecta, ha de residir el supremo poder de jurisdicción imprescindible al buen ser de toda sociedad. Poder de jurisdicción que incluye, como parte integral del mismo, la potestad administrativa no sólo sobre los sacramentos y demás medios sobrenaturales, sino además sobre el patrimonio temporal y los otros medios humanos. Ahora bien, este poder perfecto y supremo sobre el patrimonio eclesiástico

---

67. L. DE MOLINA, *De iustitia et iure*, tract. 2, disp. 142.

exige el perfecto dominio de los bienes temporales, sin el cual no puede concebirse la potestad administrativa.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia los bienes eclesiásticos fueron considerados como del dominio de la comunidad cristiana, quien ejercitó sobre los mismos todos aquellos actos de propiedad como donaciones, obligaciones y enajenaciones, que suponen la existencia de un verdadero dominio humano. En la Iglesia, pues, existía un verdadero dominio de los bienes de la comunidad cristiana, sin que se pensase por entonces en determinar más concretamente el sujeto inmediato y próximo en que dicho dominio radicaba.

La determinación de ese sujeto próximo e inmediato del dominio de los bienes eclesiásticos, la solución de ese problema jurídico, debía encomendarse a teólogos y canonistas.

Presentada la cuestión en estos términos no quedaban más que dos soluciones: asignar ese dominio a un sujeto invisible, Dios, Jesucristo o los Santos; señalar un sujeto de dominio visible, la Iglesia, el Romano Pontífice, o las diversas personas morales eclesiásticas.

Ya hemos visto la solución de Navarro: Jesucristo único señor y dueño de los bienes de la Iglesia. Esta doctrina, sin embargo, no solamente es contraria a la naturaleza jurídica de la Iglesia, sociedad visible y perfecta, mas está también en pugna con la noción del dominio humano, que no solamente concede derechos, sino que impone al mismo tiempo obligaciones. Tendríamos, pues, que Jesucristo sería capaz de contraer deudas y de obligarse a toda suerte de prestaciones. No es pues de extrañar que Navarro haya sido abandonado por la mayor parte de los canonistas y sobre todo por los teólogos posteriores.

Es cierto que los bienes eclesiásticos son llamados por los Santos Padres y los cánones de los Concilios *bienes de Dios*, en cuanto que son destinados al honor y culto divino; *patrimonio de Cristo*, puesto que por amor suyo fueron donados a la Iglesia; *bienes de los pobres*, en quienes se debían dispensar los frutos y réditos superfluos<sup>68</sup>; mas esas y otras locuciones semejantes más que un fin indican el motivo que impulsó a los fieles en sus obla-ciones y limosnas, como hemos visto. Por otra parte, no parece razonable insistir en un modo de hablar que estaría en contra-

68. F. SCHMALZGRUEBER, *Ius ecclesiasticum universum*, lib. 3, tit. 25, n. 10.

dicción con el más usual de la literatura canónica, que ha denominado siempre a los bienes de la Iglesia con el calificativo de *eclesiásticos*, que está indicando, más que ningún otro, la naturaleza y el sujeto inmediato del dominio de dichos bienes.

A este propósito no podemos menos de transcribir la explicación que da el P. Luis de Molina a esas expresiones, *bienes de Dios y de Jesucristo*. He aquí sus mismas palabras: "*Cum item Christus, qua homo, supremum caput sit et sponsus universalis Ecclesiae, atque adeo particularium, ex quibus illa coalescit, in illiusque obsequium, eiusque intuitu haec omnia etiam fiant; inde est, quod haec, quae Ecclesiae ad haec omnia quasi in dotem a fidelibus collata sunt, et quorum vere facta est domina, hominibus particularibus privatum dominium a se abdicantibus, in eamque illud transferentibus, dicantur suo modo esse bona Dei; illius videlicet cultui et honori dicata, et Christi, qua hominis patrimonium, tanquam Ecclesiae sponsi ac supremi capitis, in cuius quoque cultum et obsequium sunt etiam Ecclesiae collata, sed in suis membris, aut in suo mystico corpore, eodemque modo facta sunt Christi, iuxta illud Christi ad Paulum: Quid me persequeris: in membris videlicet meis*" 69.

Refutando las razones de Navarro, el P. Francisco Javier Wernz ha distinguido con la claridad y precisión innatas en él los dos dominios que existen sobre los bienes eclesiásticos, el *supremo* y *divino* que pertenece solamente a Dios, y el *secundario* y *humano* que en su providencia ha querido dejar a los hombres en su Iglesia. De este último, único del que puede haber cuestión al tratarse de una sociedad verdadera y visible, tratamos, el cual no pertenece a Jesucristo sino que debe existir dentro de la misma Iglesia 70.

Descartada la solución de un sujeto de dominio invisible hay que determinar en cuál de los tres visibles asignados por los tratadistas católicos radica el dominio de los bienes de la Iglesia.

Por lo que al Romano Pontífice se refiere, es opinión común de los Teólogos, confirmada hoy en el Código de Derecho Canónico 71, que el Papa es solamente administrador y dispensador supremo de todos los bienes eclesiásticos y así no ejerce sobre ellos el verdadero dominio y propiedad.

69. *De iust. et iure*, tract. 2, disp. 142.

70. *Ius Decretalium*, 3, tit. 5, n. 139.

71. CIC, c. 1518.

Esta doctrina enseñada ya por S. Bernardo <sup>72</sup> la hallamos terminante en la doctrina del Doctor Angélico: "*Res Ecclesiae sunt Papae, ut principalis dispensatoris, non ut domini et possessoris*" <sup>73</sup>.

Ya hemos visto que Navarro, aunque partiendo de su principio fundamental <sup>74</sup>, se pronuncia por la doctrina común, que confirma con la autoridad de Cayetano <sup>75</sup>, al que han seguido con unanimidad las primeras figuras de la Teología y el Derecho <sup>76</sup>.

Añadiremos solamente el testimonio de Molina, que deduce la consecuencia inmediata de esta doctrina imponiendo al Papa la obligación de restituir, cuando dispone indebidamente de los bienes eclesiásticos que han sido confiados a su justa y providente administración: "*Licet Summus Pontifex iurisdictionem universalem habeat in temporalia bona Ecclesiae, non tamen est illorum dominus, sed dispensator ac gubernator, qui proinde non ad libitum de illis potest disponere, sed solum ex iusta et rationabili causa, adeo, ut si illa donet absque causa, donatio sit nulla; et tam ipse quam donatarius, teneatur ad eorum restitutionem Ecclesiae illi, ad quam pertinent*" <sup>77</sup>.

Si el Romano Pontífice no es señor de los bienes eclesiásticos, tampoco puede afirmarse que la Iglesia universal sea el *único* sujeto de dominio de dichos bienes; pues, a parte de lo que diremos más adelante al determinar el verdadero sujeto de los bienes de la Iglesia, oigamos la doctrina expuesta en el Concilio de Nueva Granada celebrado en 1868: "*Ad universae Ecclesiae caput spectat, altum rerum ecclesiasticarum dominium tueri et defendere, sua bona eorumque administrationem moderari: at utile dominium et directum speciatim cuiusque singularum ecclesiarum ad illam pertinet ecclesiam, cui tituli possessionis addicti sunt*" <sup>78</sup>.

72. "Forma apostolica haec est, dominatio interdicatur, indicatur administratio" (*De consideratione*, lib. 2, c. 6. ML 182, 784).

73. 2.2, q. 100, art. 1.

74. Véase la pág. 7.

75. In 2.2, q. 100, art. 1, notab. 3.

76. L. DE LESSIO: "Absque tamen iusta causa id facere non potest: quia non est dominus, sed administrator, ac proinde leges fidelis dispensatoris servare debet" (*De iustitia et iure*, lib. 2, c. 4, dub. 7).

P. FAGNANO: "Concurrente iusta causa, conveniunt omnes tam Canonistae, quam Theologi, Papam, uti supremum administratorem ac dispensatorem honorum Ecclesiasticorum, posse res uni Ecclesiae auferre, et dare alteri". (*Commentaria in quinque libros Decretalium*, Cap. Relatum, n. 21).

77. *De iust. et iure*, trac. 2, disp. 29.

78. *Collect. Lac.*, 4, 554.



La Iglesia universal y la Santa Sede son, en efecto, sujeto de dominio con respecto a los bienes comunes, que pertenecen por esta razón, al cuerpo todo de la Iglesia; mas este dominio no es tal que se extienda hasta excluir otro posible sujeto de dominio dentro de la misma Iglesia. "*Profecto Ecclesia universalis vel Sedes Apostolica recte haberi potest subiectum bonorum ecclesiasticorum toti corpori communium. At minime est subiectum unicum domini directi omnium bonorum ecclesiasticorum, relicto solummodo dominio utili sive usu et usufructu particularibus corporationibus vel institutis ecclesiasticis, quoad bona ipsis adscripta, nisi in casibus extraordinariis a iure communi exceptis*" <sup>79</sup>.

El dominio de los bienes eclesiásticos pertenece, por tanto, no solamente a la Iglesia universal, si se trata de los que son comunes a todo el cuerpo de la Iglesia, sino también a las Iglesias particulares y a las demás personas morales erigidas por la autoridad eclesiástica.

Ya dejamos transcrito en las páginas precedentes <sup>80</sup> el testimonio de Cayetano, cuya doctrina hace suya el P. Molina <sup>81</sup> quien en otro lugar vuelve a insistir en esta misma idea: "*dominium huiusmodi bonorum esse penes ecclesiam particularem cuius sunt, ut penes ecclesiam Eboracensem, Toletanam, Romanam etc., nomine ecclesiae intelligendo cum suo capite, aut subordinatis capitibus. Quatenus autem unaquaeque ecclesiarum particularium pars est universalis Ecclesiae, dominium bonorum omnium ecclesiarum particularium esse penes Ecclesiam universalem, cuius Summus Pontifex est caput universale*" <sup>82</sup>.

Esta es, pues, la doctrina común de los teólogos y canonistas, como puede verse expuesta entre otros, por Lessio <sup>83</sup>, Schmalzgrueber <sup>84</sup> y Wernz <sup>85</sup>, por no multiplicar los testimonios.

79. *Ius Decretalium*, 3, tit. 5, n. 139.

80. Véase la pág. 8.

81. Véase la pág. 19.

82. *De iust. et iure*, tract. 2, disp. 142.

83. "Nemo in particulari habet dominium bonorum immobilium Ecclesiae, sed solum coetus ecclesiasticorum ecclesiae habet dominium bonorum suae ecclesiae, sicut conventus monachorum habet dominium bonorum monasterii" (*De iust. et iure*, lib. 2, c. 4, dub. 7).

84. "Sed his non obstantibus, communis est sententia cum Cayetano 2.2, q. 47, art. 1, quod dominium particulare huiusmodi bonorum ecclesiasticorum sit penes ipsas ecclesias, sive collegia, et capitula clericorum; aut ubi talia non sunt, penes communitatem fidelium ad ecclesiam spectantium, si ecclesia sit saecularis; si vero regularis,

Esta es, finalmente, la doctrina de la Iglesia manifiestamente expresada en el Código de Derecho Canónico: "*Etiam ecclesiis singularibus aliisque personis moralibus, quae ab ecclesiastica auctoritate in iuridicam personam erectae sint, ius est, ad normam sacrorum canonum, bona temporalis acquirendi, retinendi et administrandi*"<sup>86</sup>. "*Dominium bonorum, sub suprema auctoritate Sedis Apostolicae, ad eam pertinet personam moralem, quae eadem bona legitime acquisiverit*"<sup>87</sup>.

---

penes ipsa monasteria, seu conventus, et communitates religiosorum, si illa dominii sint capacia" (*Ius ecclesiasticum universum*, lib. 3, tit. 25, n. 4).

85. "Potius singula quoque instituta vel corpora ecclesiastica particularia, tanquam membra Ecclesiae universalis, ex iure communi, sunt vera subiecta inhaesionis iuris etiam directi dominii sive proprietatis bonorum temporalium sibi adscriptorum; attamen iurisdictioni Romani Pontificis manent subordinata" (*Ius Decretalium*, 3, tit. 5, n. 139).

86. CIC, c. 1495 § 2.

87. CIC, c. 1499 § 2.